

Nueva Fisonomía Literaria del Gringo

por

Homero Castillo

La figura del norteamericano ha aparecido con frecuencia en el mundo literario de Hispanoamérica desempeñando importantes funciones en el planteamiento de conflictos, en el desarrollo de la acción y el desenlace con que el autor ha puesto fin a los asuntos novelescos o dramáticos de sus obras. El aspecto físico, el vestuario, la sicología y el lenguaje del llamado "gringo" o "yanki" proporcionan, por lo general, un contraste destinado a acentuar las diferencias humanas y circunstanciales que lo individualizan, separándolo fundamentalmente del hispanoamericano medio y de ciertos sectores regionales o étnicos.

El estudio pormenorizado de las constantes y variantes literarias diferenciales que exhibe el gringo en las primeras décadas del siglo xx constituye vasta e interesante materia, aun cuando se la circunscriba a determinados géneros o se la reduzca a los estrechos límites de ciertos territorios geográficos.

México, por su proximidad con los Estados Unidos, ha sido uno de los países hispanoamericanos que más estrecho contacto ha tenido con la población norteamericana, tanto en los momentos difíciles y tristes de su historia como en las etapas de feliz prosperidad de su desarrollo. No sorprende, por lo tanto, que el "yanki" o el "gringo", respetadas las acepciones que hoy poseen dichos

términos, abunde en las letras mexicanas. Tampoco extraña que en las creaciones artísticas estadounidenses surja a menudo la figura del vecino del sur con los rasgos físicos, la indumentaria, el lenguaje y la sicología que, según los norteamericanos, establecen una barrera insalvable entre el modo de ser de ellos y el de los mexicanos. Es obvio que en ambos casos se repiten algunos lugares comunes y estereotipias, justos o no, y se recurre a la exageración con especiales propósitos¹.

Obsérvese, no obstante, los moldes fijos a que hemos aludido, que en lo que va corrido de este siglo, la fisonomía del norteamericano ha experimentado algunas modalidades o etapas evolutivas, cuya raíz el crítico literario no podría explicar, a pesar de su capacidad para descubrirlas, señalarlas y caracterizarlas.

El 17 de mayo de 1947, Rodolfo Usigli vio estrenada en el Palacio de Bellas Artes de la capital mexicana, su famosa y discutida "pieza para demagogos", *El Gesticulador*², obra que había sido compuesta por el año 1937 y publicada por primera vez en

¹Aunque el norteamericano (gringo o yanki) es también motivo literario frecuente en las Antillas, Centroamérica, Colombia y Venezuela, a causa de la cercanía y comunidad de intereses de estos países con los Estados Unidos, los tipos provenientes de dichos territorios hispanoamericanos no aparecen tan a menudo ni han llamado mucho la atención de los escritores estadounidenses. Excepción muy especial, acaso, la constituyan los portorriqueños avecindados en los grandes centros urbanos norteamericanos, si bien jamás han llegado siquiera a igualar la "fascinación" que ha originado el mexicano (con burro, sarape, sombreros, cananas, siestas, cactus, entonación típica, etc.), o algún personaje especial de la historia de México (Pancho Villa, Juárez, Zapata, etc.).

²El interés suscitado por *El Gesticulador* queda probado por las ediciones que de la obra se han hecho en México y en España (Cf. nota 3). Además de las traducciones a idiomas tales como el inglés, francés, alemán, ruso, checo y polaco, le ha valido el honor de figurar entre las composiciones seleccionadas para el Théâtre des Nations. Aparte de las representaciones llevadas a cabo en México, ha ocupado los prosccenios de Madrid (1957) y de Buenos Aires (1961), las pantallas de la televisión norteamericana, con el título de *Another Caesar* (26 de octubre de 1953) y las tablas del Hedgerow Theatre (Moylan, Pennsylvania, 1953) con una traducción llamada *The Great Gesture*.

1943³. En ella figura un joven profesor norteamericano de 30 años, llamado Oliver Bolton, que desempeña la cátedra de historia latinoamericana en la Universidad de Harvard. Es este personaje quien permite a Usigli la elaboración del tema y del asunto de la obra, ya que sin su presencia inicial y actuación posterior, o más bien la falta de ésta, podemos asegurarlo categóricamente, no se habría gestado el conflicto central de la pieza ni desarrollado la trama que sirve de contenido.

Aparte de la función dramática que le cabe a Oliver Bolton, llaman la atención los nexos que lo vinculan a los personajes mexicanos, la conducta "agringada" que observa, el modo de ser que lo distingue y la impresión de conjunto que deja en el auditorio o en el lector.

Antes de adentrar en el análisis del personaje que nos interesa, acaso valga la pena recordar que Rodolfo Usigli fue becado en 1934 por la Fundación Rockefeller para estudiar composición dramática en Yale, universidad que guarda gran semejanza con la de Harvard por el espíritu que en ambos planteles revela la tradición académica. Es muy probable que el dramaturgo mexicano, hombre de fina sensibilidad, no necesitara más que una breve temporada en tierras norteamericanas para posesionarse de los afanes y quehaceres cotidianos que llenan la vida de algunos catedráticos de un plantel tan celoso de su prestigio como la Universidad de Yale.

La llegada de Bolton a la casa de la familia Rubio, la forma en que realiza un viaje a México, el motivo que lo lleva a ese país y no a otro, los medios que le han hecho posible la realización de sus anhelos profesionales y el objetivo mismo que se propone durante su permanencia, constituyen un conjunto de hechos nada fortuitos

³Aparecida en *El Hijo Pródigo* (México, 1943), la pieza volvió a ser publicada en Ediciones Letras de México (1944). De 1947 es una tercera edición a cargo de la Editorial Stylo (Cf. nota 5). En 1956, figura en la antología titulada *Teatro mexicano del siglo xx*, hecha por Antonio Magaña Esquivel para el Fondo de Cultura Económica, y en 1962 se la incluye en el tomo de la editorial Aguilar, *Teatro mexicano contemporáneo*.

ni menos ajenos a los que a diario dan sentido a la vida de numerosos profesores norteamericanos típicos. El desperfecto que ha sufrido el automóvil de Bolton obliga al personaje a alojarse en casa de la familia Rubio y a trabar amistad con el jefe de la familia, por rara coincidencia, perito también en la historia de la revolución mexicana. Durante el curso de la charla que se entabla entre el profesor de Harvard y su colega mexicano, aquél explica que su universidad lo ha mandado "en busca de datos" y que tiene "una beca para hacer un libro". Luego entró en los detalles de la obra que proyecta, revelando así un acabado conocimiento de la materia. Bolton, en efecto, no deja duda alguna de su competencia y pericia para tratar el tema que va a abordar:

Un caso es el de Ambrose Bierce⁴, este norteamericano que viene a México, que se une a Pancho Villa y lo sigue un tiempo. Para mí, Bierce descubrió algo irregular, algo malo en Villa, y por esto Villa lo hizo matar. Una gran pérdida para los Estados Unidos. Hombre interesante. Bierce, gran escritor crítico. Escribió el *Devil's Dictionary*. . . Bierce no era hombre para desaparecer así, en una batalla, por accidente. Para mí, fue deliberadamente destruido⁵.

Esta exposición de Bolton, sin embargo, no es más que el preámbulo del problema que se apresta a resolver, la suerte corrida por César Rubio:

⁴Sabido es que Ambrose Bierce fue un periodista autodidacta, nacido en 1842 en el Condado de Meigs (Ohio). Por su participación en la Guerra Civil se le recompensó con el grado de mayor en los ejércitos de la Unión. Más tarde colaboró en diversas publicaciones inglesas y norteamericanas, demostrando marcada proclividad al cinismo y hacia el efectismo sensacionalista. A la edad de 71 años decidió dirigirse a México e ingresar en las fuerzas de Pancho Villa. Su desaparecimiento se supone que se debe al asesinato quizás perpetrado (1914?) por el general villista Tomás Urbina.

⁵Rodolfo Usigli, *El Gesticulador* (México, Editorial Stylo, 1947), pág. 36. Como las citas que siguen provienen de esta edición, nos limitaremos a indicar la numeración por las páginas, precedida de la abreviatura ob. cit.

Un general mexicano, joven, el más grande revolucionario, que inició la revolución en el Norte, hizo comprender a Madero la necesidad de una revolución, dominó a Villa. A los veintitrés años era general. Y también desapareció una noche. . . destruido como Ambrose Bierce. . . una cosa tan fuera de su carácter, que no puede explicarse. ¿Por qué desapareció este hombre en un momento tan decisivo de la revolución, para dejar el control a Carranza? . . . eso, como el levantamiento contra Huerta, como sus. . . (*busca la palabra*) sus disensiones con Carranza, Villa y Zapata, pertenecen a su fuerte carácter (ob. cit., pp. 37, 39 y 40).

César Rubio, el interlocutor de Bolton, también profesor de historia, aunque fracasado a causa del disolvente peso de su medio, demuestra igual erudición, pero ella no le basta al joven norteamericano porque, como le asegura a su colega, necesita "documentos", cree que la "historia no es una novela" y, por lo tanto, exige "los hechos y la filosofía de los hechos". . . no "un sueño. . . un mito". Lejos está Bolton de contentarse con meras conjeturas, divagaciones o afirmaciones apriorísticas que corren el riesgo de ser falsas. Su criterio "científico y objetivo" le ha valido el interés de la universidad en que trabaja por el "proyecto" que se traza y le ha proporcionado ya una beca con fondos que respaldan su viaje y la compra de "documentos", aparte de la solvencia intelectual de que ha disfrutado y le ha hecho acreedor a las recompensas materiales ya apuntadas. Transportados a la realidad diaria, todos los episodios a que alude Bolton o deja en claro su conducta en casa de los Rubio, son parte integrante de la vida universitaria norteamericana y fenómenos observables para quien capte el espíritu del magisterio entregado a la investigación seria en planteles de enseñanza superior.

En suma, la misión de Bolton, los móviles que lo impulsan y el apoyo en que se afirma son tres factores reales y positivos que condicionan y posibilitan los frecuentes viajes de estudio que emprenden a México, más que a ningún otro país hispanoamericano, numerosos y competentes catedráticos de los Estados Unidos.

Junto a los nobles y sólidos objetivos de índole estrictamente académica, se descubren otros resortes que mueven a Bolton en su preferencia por México:

Es mi pasión. . . Un país increíble, lleno de maravillas y de monstruos. Si usted supiera qué poco se conocen las cosas de México en mi tierra, sobre todo en el Este. Por eso he venido aquí (ob. cit., pp. 35-36).

Resulta agradable y sana la espontánea sinceridad, casi infantil, del próspero y confiado profesor norteamericano, contrastada con la ladina malicia de su fracasado colega mexicano, a la postre convertido en lamentable gesticulador, no obstante las prendas intelectuales que posee y que, conjeturamos, lo habrían elevado a otro plano, si le hubiera tocado vivir en distintas circunstancias de lugar.

El viaje de Bolton se realiza en condiciones normales para un norteamericano de la clase media. En automóvil, aunque éste haya sufrido desperfectos, y con la plena confianza de los fondos con que cuenta su universidad, más sus propios ahorros, llega al humilde pero acogedor hogar del profesor mexicano creyendo, como si estuviera en su tierra, que todo el mundo tiene teléfono en casa y que a cada paso se encuentran talleres donde componer automóviles. Al cerciorarse de que la realidad dista mucho de ser lo que él ha pensado, Bolton no se impacienta ni critica, sino que, por el contrario, se acomoda lo mejor que puede, pide que lo disculpen por las molestias que ocasiona y, con perfecta naturalidad, se ambienta entregándose a una amistosa conversación con César Rubio. Bolton no ofende a nadie ni despierta resentimientos a pesar de sus inconfundibles rasgos extranjeros. Lejos de importunar con la insistencia de que todo lo puede comprar con dinero, aviva el interés y codicia de su interlocutor, poniendo en actividad la fértil y astuta imaginación de éste, pronto a encontrar el medio expedito que le solucione

el grave problema económico que se le ha planteado al perder el empleo.

El norteamericano de esta pieza habla casi bien el castellano aunque incurre en leves faltas de gramática, posee un ligero acento extranjero y no domina del todo ni la fraseología ni los difíciles modismos del español. Estas desventajas lingüísticas, por otra parte, nunca se prestan al ridículo que bien pudo explotar Usigli, ni hieren el oído del público o el de los otros personajes con que alterna.

Nos encontramos, pues, en presencia de un "gringo simpático", ni sombra de un Mr. Danger⁶, que acaso no resulta extravagante ni odioso por no caer en las manoseadas categorías del turista, el diplomático o el hombre de negocios proveniente de los Estados Unidos. Por el contrario, como lo hemos apuntado, se adapta sin mayor esfuerzo a un medio ajeno que en nada le parece repugnante comparado con su fácil modo de vivir. El recibimiento que le dispensan los Rubio, además, casi sobrepasa los límites de la proverbial cordialidad mexicana. No debemos olvidar, empero, que si el personaje de Usigli supera al ogro yanqui de las obras antinorteamericanas, para así dar paso a otro tipo literario, subsisten algunos comentarios generalizados y poco favorables, nunca enconados, respecto a los habitantes de los Estados Unidos. Doña Elena, la esposa de César Rubio, expresa sus dudas acerca de lo aconsejable que sea recibir a Bolton en su hogar, y dialoga con su marido:

ELENA.—No debiste recibirlo en esa forma. No sabemos quién es.

CÉSAR.—No; pero pensaría muy mal de México si la primera casa a donde llega le cerrara sus puertas.

ELENA.—Eso lo enseñaría a no llegar a casas pobres. Yo no podría hacer eso, dormir en casa ajena.

⁶La obra de Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, es del año 1929, lo cual explica la inferioridad que se observa en materias de caracterización. En esta novela y en otras, como *La trepadora*, Gallegos no pasa de la mera caricaturización del yanqui.

CÉSAR.—Parece decente, además.

ELENA.—Con los americanos nunca sabe uno: todos visten bien, todos visten igual, todos tienen autos. Para mí son como los chinos; todos iguales (ob. cit., pp. 24-25).

César, algo molesto por la costumbre norteamericana de pagarlo todo o creer que no hay nada que no tenga un precio en dólares, demuestra cierto resquemor y reacciona con aspereza ante la insistencia de Bolton de comprar los "documentos" tan ansiosamente buscados:

BOLTON.—...No tenga usted recelo a darme los informes. Mi universidad tiene mucho dinero para invertir en esto. . .

CÉSAR.—Decía usted que su universidad tiene mucho dinero. . . ¿Cuánto, por ejemplo?

BOLTON.—(*Un poco desconcertado por lo directo de la pregunta*). No sé. A mí me han dado una suma para mi trabajo de búsqueda, pero podría consultar. . . si viera los documentos. . .

CÉSAR.—Parece que desconfía usted.

BOLTON.—No soy yo quien puede comprar, es Harvard.

CÉSAR.—(*Dudando*) Ustedes lo compran todo.

BOLTON.—(*Sonriendo*) ¿Por qué no, si es para la cultura?

CÉSAR.—Los códices, los manuscritos, los incunables, las joyas arqueológicas de México; comprarían a Taxco, si pudieran llevárselo a su casa. Ahora le toca el turno a la verdad sobre César Rubio.

BOLTON.—(*Ante lo inesperado del ataque*). No entiendo. ¿Está usted ofendido? Hace un momento parecía comunicativo (ob. cit., pp. 40, 41 y 42).

La misión de Oliver Bolton no difiere esencialmente de la que los norteamericanos, por lo general, realizan en México o en otros países de Hispanoamérica: cumplida la meta que se fijan, con ventajas materiales muchas veces para ambas partes, tal como ocurre en el negocio transado entre Rubio y Bolton, regresan a su patria

convencidos plenamente de que no surgirán complicaciones de ninguna clase. El catedrático de la pieza de Usigli no constituye excepción a la regla y, al volver a su tierra, desata una serie de problemas, especialmente por las inocentes imprudencias que comete.

Si la presencia del profesor norteamericano indudablemente tiene la virtud de producir un acercamiento, merced a la acción analgésica del dólar, su ausencia, a la larga, precipita una crisis lamentable y mortal. Bolton, al pagarle bien los datos a Rubio, ha proporcionado a los esposos, a los hijos y hasta a los dirigentes una oportunidad de entenderse entre sí, de allanar los obstáculos que los separaban y de aproximarse a una deseable unidad político-familiar. La raíz del mal que, según Usigli⁷, aqueja a México, no queda con esto del todo extirpada. Hay que hacer, sin embargo, una salvedad: la presencia de Bolton se deja sentir aunque físicamente haya regresado a Harvard; primero por los dólares que le envía a Rubio y después, por las declaraciones que hace a la prensa norteamericana. Con posterioridad a estos dos hechos, Bolton desaparece de la acción y no se alude a él más que una vez.

Rubio, en particular, siente más que nadie la soledad y desamparo en que Bolton lo ha dejado tras su retorno a Harvard. El gesticulador expresa claramente esta sensación de abandono en los momentos más críticos de su vida: al prever la peligrosa posibilidad de ser desenmascarado o hacerse patente la mentira que le ha hecho creer a Bolton y que ahora ya viven ambos como verdad redentora; el norteamericano sin ni siquiera sospechar el fraude, y el impostor posesionado de la mentira que quiere hacerse creer con el disfraz de una anhelada restauración de los más puros principios revolucionarios. Sugestiva es, por ende, la inquietud de Rubio cuando

⁷Rodolfo Usigli desarrolla amplia y claramente su punto de vista en el "Epílogo sobre la hipocresía del mexicano" (octubre 19. 5, 1938), seguido de "Doce Notas" (julio de 1943) y "Ensayo sobre la actualidad de la poesía dramática" (7 de junio-14 de julio de 1947). Estos trabajos han sido reunidos en la edición de *El Gesticulador* (págs. 165-303) descrita en la nota 5.

dialoga con Estrella, personaje que no brilla ni ilumina, a pesar de su nombre:

ESTRELLA.—Vea este telegrama del señor Presidente, mi general, por si le quedan dudas.

CÉSAR.—Ninguna duda, Estrella. No puede haberla donde sabe uno que las cosas simplemente son o no son. . . Lo bueno de la carrera del político. . . ¿No hay telegrama del profesor Bolton?

ESTRELLA.—Envía su felicitación, mi general; pero no puede venir.

CÉSAR.—. . . Me hubiera gustado verlo aquí hoy.

La ingenuidad de Bolton, carente de toda malicia, engendra el complicado encadenamiento de episodios que dan vida a la gesticulación, la nutren y la convierten en el callejón sin salida en que se debate acorralado el impostor. La promesa de silencio hecha por el profesor norteamericano no ha sido menos ambigua, indefinida e insegura que la afirmación engañosa de su colega mexicano. El primero, sin medir consecuencias que desconocía, no trepida en revelar la existencia del que cree ser un héroe injustamente olvidado. Bolton ignora por completo la mentira en que se le dejó, al interpretar mal el enredado laberinto verbal de Rubio y del cual éste no quiso sacarlo. El compromiso de Bolton deja margen para mucho (“¿Puedo decir todo lo demás. . . y probarlo? / Sí”) y por ello, recurriendo a convincentes argumentos e invocando nobles intenciones, rompe, con pecado venial, el acuerdo que tenía con Rubio. Con la mejor intención imaginable, publica el profesor de Harvard en el *New York Times* los artículos en que saca a la luz la fingida verdad:

Reaparece un gran héroe mexicano. La verdad es más extraña que la ficción. Bajo este título, tomado de Shakespeare, el profesor Oliver Bolton de la Universidad de Harvard, publica en el *New York Times* una serie de artículos sobre la revolución

mexicana. . . El primero relata la misteriosa desaparición, en 1914, del extraordinario general César Rubio, verdadero precursor de la revolución, según parece. . . El artículo reproduce documentos aparentemente fidedignos, fruto de una honesta investigación. . . Estas revelaciones agitarán los círculos políticos y seguramente alterarán los textos de la historia mexicana contemporánea. Pero el golpe teatral está en el segundo artículo, donde Bolton refiere su reciente descubrimiento en México. Según él, César Rubio, desilusionado ante el triunfo de los demagogos y los falsos revolucionarios, oscuro, olvidado, vive. . . dedicado en humilde cátedra universitaria —gana cuatro pesos diarios (ochenta centavos de dólar) — a enseñar la historia de la revolución para rescatarla ante las nuevas generaciones. Al estrechar la mano de este héroe —dice Bolton— prometí callar su identidad actual. Pero no resisto a la belleza de la verdad, al deseo de hacer justicia al hombre cuya conducta no tiene paralelo en la historia. . . El profesor Bolton declaró a los corresponsales extranjeros que encontró a César Rubio en una humilde casa de madera aislada cerca del pueblo de Allende (ob. cit., pp. 73, 74 y 75).

El norteamericano le crea a Rubio con la familia, al principio, con el gobierno, con los partidos y con los dirigentes políticos, un conflicto que no puede desembocar sino en la gesticulación, pues hasta “la Secretaría de Guerra y el Partido Revolucionario investigan este caso por orden del Primer Magistrado de la Nación”. Es así como se origina la gesticulación de Rubio y crece en proporciones, porque, según Usigli (Cf. nota 7), este mal más que otros encuentra terreno propicio en tierra mexicana a causa de las inclinaciones muy propias de sus compatriotas.

Sin culpabilidad directa, Bolton lleva a su colega hasta el sacrificio supremo de caer en las redes de la muerte y al infame contendor de Rubio le facilita el ascenso hasta el pináculo del triunfo electoral. El atrevido paso de Bolton no resulta, sin embargo, del todo destructivo. Es deplorable que cueste la vida del profesor mexicano y el triunfo de otro gesticulador, perfecto canalla en este

caso, pero el asesinato de que es víctima el primero permite mantener incólume la imagen pura e inspiradora del auténtico revolucionario a quien César falsamente representaba.

Junto a la amarga crítica de Usigli, enderezada a condenar la gesticulación y los demagogos provenientes de la revolución, observamos otra faceta de la vida mexicana, acaso expuesta por el dramaturgo sin mayores alardes pero no por ello carente del debido relieve. La mera esperanza de que algún día se realicen los nobles ideales de los genuinos héroes y caudillos constituye el aliento que mantiene vivos los anhelos actuales del pueblo y el espíritu de la llamada revolución. Los caciques y dirigentes de los partidos de hoy no son, al parecer, más que figuras vagamente diferenciadas del tiovivo demagógico perpetuado en México, pero carecen de la vitalidad y del sano idealismo que sustentaran los grandes jefes de la auténtica revolución. A este fin van encaminadas las amargas observaciones que a menudo expresa Usigli por boca de César Rubio.

A fin de cuentas, el norteamericano Bolton es quien hace realidad viviente la figura del verdadero César Rubio, resucita sus virtudes, nutre el idealismo que adornaba su vida e inmortaliza su memoria en el pueblo. Cumple así el catedrático de Harvard con lo que le ha enseñado la historia, sin apartarse un ápice de sus convicciones:

El (César Rubio) —dice Bolton— es el hombre que explica la revolución mexicana, que tiene un concepto total de la revolución y que no la hace por cuestión de gobierno, como unos, ni para el Sur, como otros, ni para satisfacer una pasión destructiva. Es el único caudillo que no es político, ni un simple militarista, ni una fuerza ciega de la naturaleza. . . y sin embargo. . . manda a los políticos, somete a los bandidos, es un gran militar. . . pacifista, si puedo decir así (ob. cit., p. 41).

Paradójicamente, de la espontánea y penetrante verdad de Bolton se aprovecha un canallesco politicastro para medrar con descaro,

siguiendo el derrotero que con ingenua imprudencia le ha abierto un norteamericano demasiado ansioso de poner los valores en su debido lugar. La creencia de que ya había dado los pasos que bastaban, que podía permanecer tranquilo y a la distancia lo dejaba todo arreglado, se torna en serio error de cálculo por parte de Bolton. No se percata el iluso profesor de las tragedias individuales y colectivas que ha originado: la familia de César Rubio, consumada la muerte de éste, queda deshecha, el pueblo sigue sujeto a la corrupción de los caciques y los grandes ideales revolucionarios se convierten en lejanos espejismos.

En conclusión, el norteamericano creado por Usigli dista mucho de ser el monstruo que nos pintara cierta literatura, ya perteneciente al pasado, y se nos presenta, más bien, en calidad de individuo guiado por nobles intenciones pero aún ingenuo a causa de su desconocimiento de la realidad humano-ambiental que, a todas luces, no es la suya. Bolton es admirable dentro del mundo norteamericano en que ha vivido y que César Rubio y su esposa repetidamente alaban como el paraíso de las oportunidades. Por su nueva fisonomía, este gringo resulta simpático y generoso pero, por desgracia, no ve más que lo externo y carece de la perspicacia necesaria para calar hondo en los recovecos engañosos y dobleces internos de un mundo ajeno al suyo. Razón tenía al declararle a su colega mexicano: "qué poco se conocen las cosas de México en mi tierra".

